



El país imaginado



Eduardo Berti

Con una introducción de
Alberto Manguel



IMPEDIMENTA



X I A O M E I

El nuevo sol alumbraba el primer día del nuevo año. Habíamos pasado la noche sin dormir como teníamos por costumbre en esa fecha, en el *danian-ye*, y luego del amanecer habíamos consagrado las primeras horas, las horas de las sombras largas, a visitar a los vecinos más queridos para desearles un buen año o, al menos, un año mejor que el que estaba finalizando. En cordial retribución muchos nos regalaron dos bolsas de tela —cada cual con una moneda, una para mi hermano y otra para mí— y todos le desearon lo mismo a mi padre: que la muerte de la abuela traiga paz al seno de la familia y espante toda otra muerte.

Cuando el primer sol del nuevo año alcanzó su punto más alto, no nos halló desprevenidos. Ya habíamos dispuestto fuera de nuestra casa, en el patio semientoldado con una vieja esterilla, los objetos para la luz del *chu-yi*: los colchones y manteles que el sol debía acariciar y los libros más

antiguos, aquellos con sus páginas amarilleadas como las hojas de otoño, de modo que el primer viento, el primer aire del nuevo año, no solo los purificase, sino que también ahuyentara, previniendo deterioros, a los insectos que alojaba el papel. Según contaba mi padre, los insectos preferían ciertas palabras y sabían dar con ellas en los libros más antiguos, hasta devorarlas. Muchas familias alrededor se burlaban de estas creencias y estos ritos milenarios. Los tenían por obsoletos e ineficaces; pero mis padres eran muy supersticiosos, mi padre más que mi madre, y su apego a las tradiciones parecía haber recrudecido tras la muerte de la abuela.

Aquel día, mi hermano y yo recibimos de nuestro padre el encargo de seleccionar y transportar los libros, mientras mi madre se ocupaba de colgar las sábanas a lo largo de una caña de bambú, no únicamente aquellas en uso el último día del año, sino también las sábanas plegadas y guardadas en los armarios, y Li Juangqing (más que una simple cocinera, menos que una gobernanta) hacía lo propio con los cuatro o cinco manteles existentes en casa.

Por entonces me parecía razonable que esas telas fueran únicamente de color blanco, pero hoy que han pasado décadas me pregunto qué pruritos impedían cubrir los colchones y las mesas de nuestro hogar con cualquier otro color. El color faltante lo ponían los libros, quiero pensar; ese color mesurado de las ediciones clásicas, con sus discretas y solemnes encuadernaciones en cuero: verde esmeralda o ciruela, celeste, gris u ocre arcilla. A mí me gustaba el contraste entre el collar de sábanas y manteles y esos libros

apilados como ofrendas a sus pies, pero mi hermano no se llevaba nada bien con los libros: carecía de esa mezcla de tesón y curiosidad necesaria para ser un buen lector, o tal vez era la ebullición de su edad lo que impedía que se sentara aplicadamente a leer. Mi hermano tenía diecisiete, yo me acercaba a los catorce. La sangre de mi hermano bullía en una forma que yo no alcanzaba a entender, pero que me apasionaba, de igual modo que nos fascina el mar cuando está embravecido.

Tras la muerte de mi abuela, mi padre nos había prohibido entrar en la habitación de ella. Hasta que no se hubiesen cumplido cuarenta y nueve días de la defunción de la abuela, nadie con la misma sangre tenía derecho a ingresar allí. Para que caducara el veto faltaban dieciséis días y, como cada siete días mi padre nos obligaba a una idéntica ceremonia con el propósito de dispersar el alma de la muerta, quedaban aún dos ceremonias.

Mientras tanto, de entrar para hacer la limpieza se encargaba Li Juangqing. Confieso que me aliviaba esta prohibición: mi abuela había sufrido una lenta agonía y a mí me había tocado asistir a sus últimos momentos, que no podía quitarme de la cabeza. Aquello había ocurrido ahí mismo, en el lecho que todavía llamábamos lecho mortal. Mi abuela había pasado enferma un tiempo demasiado largo; no podría decir exactamente cuánto, pero recuerdo que ocurrieron muchas cosas mientras ella se iba encogiendo debajo de las sábanas, más y más débil y arrugada, más y más permeable al dolor. El día que mi padre trajo a casa un conejo, mi abuela ya guardaba cama. El día que el conejo se extravió

y hubo que revolver la casa hasta encontrarlo dentro de la bota izquierda de mi padre, mi abuela continuaba en cama. La noche que mi hermano tuvo quizá una pesadilla, dio unos pasos dignos de un sonámbulo y se rompió con una puerta menos de la mitad de un diente, mi abuela aún estaba viva aunque había empeorado bastante. Podría enumerar diez o veinte episodios a los que asocio con la imagen de mi abuela moribunda, boca arriba en ese lecho.

¿Por qué había debido ser yo, con mis escasos trece años, la encargada de cuidarla? Por una serie de razones: porque mi abuela y Li Juangqing jamás se habían llevado bien; porque mi hermano atravesaba, como he dicho, un momento de agitación y a ojos de mi padre y mi madre no era un enfermero confiable; porque mi padre trabajaba sin cesar y estaba muy poco en casa; porque soy una mujer y es preferible que una mujer, no un varón, se ocupe de una anciana enferma a la que no es tan raro ver medio desnuda; porque mi madre originariamente había sido la encargada de cuidarla, y por cierto con eficacia, hasta que cometió un error y, creyendo que ella dormía, le dijo a una amiga de visita en la casa que su suegra en realidad no estaba enferma, sino simplemente vieja. Ofendida, mi abuela le prohibió entrar en la habitación o, mejor dicho, le prohibió entrar allí a solas. Sin embargo, como mi madre debía darle de comer, asearla, ayudarla con sus necesidades o incluso masajearle la espalda y las piernas, tareas que cumplía muy bien, mi presencia pasó a ser como una llave con la cual mi madre franqueaba ese umbral.

Creo que mi abuela nunca perdonó a mi madre por no considerarla enferma y falleció con ese rencor en el pecho.

Una vez hablamos de ello, sin que nadie nos oyera. Mi abuela no negaba su vejez, claro que no. Reivindicaba, eso sí, el derecho a sentirse mal.

Tengo los mismos derechos que una mujer joven, ¿no es cierto?, preguntaba y asentía ante sus palabras, sin importarle en nada mi parecer.

A medida que la muerte de mi abuela se avecinaba (todos veíamos su arribo, por más que no supiéramos ni quisiéramos comentarlo), mi madre se fue alejando de su lado y mi padre se fue acercando. En una fase intermedia, en un período de transición que duró un par de semanas, me vi a solas, como nunca, con quien era aún la madre de mi padre y últimamente exhibía, por una pérdida dramática de peso, una quijada idéntica a la de su hijo.

En las tres últimas semanas de mi abuela todo se limitó a una especie de ejercicio que yo había puesto en marcha poco tiempo atrás, una gimnasia para que no se anquilosara su memoria. ¿Cómo se llama tu hijo, abuela?, preguntaba yo. ¿Cómo se llama tu hermano? Ella siempre respondía acertadamente, aunque a veces tras un esfuerzo y otras con una mirada que daba la impresión de inquirir: pero mi hermano ¿no está muerto?, pero mi hijo ¿está vivo? Acaso no era inteligente de mi parte mezclar a vivos con muertos, pero mi abuela ¿no era la misma mujer que escasos años atrás me había contado por lo menos treinta historias memorables de fantasmas?

Llegó el día en el que mi abuela respondió en forma incorrecta a la pregunta sobre el nombre de su hermano. Esto se repitió al día siguiente y al otro. Llegó poco después el día

en que no supo contestar a ninguna de las preguntas. Ese día, además, tuvo un gesto impensado: me pidió que abriera un cajón y le alcanzara un objeto diminuto, envuelto en un rectángulo de seda roja. Así lo hice, obedeciendo a lo que —imposible no concluir algo así— tenía todo el aspecto de última voluntad, y sus manos temblorosas desenvolvieron la seda.

Esto es tuyo y siempre ha sido tuyo, declaró mirándome a los ojos.

Era un collar, rojo también. De inmediato comprendí: era el collar del conejo. El conejo que cierto día se había escondido en la bota de mi padre y que, semanas después, se había evaporado de casa sin dejar el menor rastro. Mi hermano había dicho entonces que mi padre había matado a ese conejo para regalarle la carne a su amigo Gu Xiaogang. Fui a ver a mi padre, recuerdo, le pregunté si eso era verdad (sin decirle que la información provenía de mi hermano) y él lo desmintió en el acto. Pero un día después Li Juangqing deslizó otro comentario que sugería la misma cosa. Y ahora mi abuela, desempolvando el collar, parecía inclinar la balanza en perjuicio de mi padre.

Muy inquieta por la suma de señales —el olvido de los nombres más el súbito recuerdo del collar—, decidí hablar con mi madre. Ella, para mi asombro, apenas se inmutó. Un médico había venido pasada la medianoche, mientras mi hermano y yo dormíamos, y había opinado que a la abuela le quedaban horas de vida.

Ese día, excepcionalmente, mi padre permaneció en casa. Se encerró por la mañana a trabajar. Por la tarde, casi al

mismo tiempo que empezaba a llover, mi madre y yo desvestimos a la abuela, le pusimos ropas limpias para morir y, una vez cumplido esto, fuimos a buscar a mi padre. La abuela deliraba o algo parecido. Mi padre apareció con mi hermano y pasamos largo rato sin que nadie abriera la boca, mientras afuera los rezongos de la lluvia le hablaban a la moribunda en algún idioma secreto, un idioma tan secreto como el que ella me había enseñado a escondidas de mis padres y mi hermano.

Estando la abuela a minutos de expirar, mi padre le quitó la almohada y dejó violentamente la habitación.

Mi madre no lo siguió. Buscó con la mirada a mi hermano, me sonrió después a mí (no habíamos osado movernos) y nos explicó que la abuela tenía que marcharse en paz, para lo que era imperioso que estuviese en posición recta. Por otra parte, un moribundo nunca debe verse los pies. Eso decía siempre mi abuela en sus historias de fantasmas.

En cuanto a esa almohada en la que ella había apoyado la cabeza durante su larga agonía, pero que no había podido acoger su suspiro final, esa almohada permanecía, meses después, sobre nuestro techo inclinado, sujeta con unos clavos para que no la arrebatara ningún viento, para que en cambio la mordisquearan los pájaros, tal como era lo habitual; sí, esa almohada se descomponía sin tregua y era presa —lo mismo que los manteles, las sábanas y los libros— de la tibieza flamante del primer sol.